

02 CUADERNOS OCASIONALES
SOCIAL WATCH

Control ciudadano desde la base

UNA EXPERIENCIA DE DEMOCRATIZACIÓN DE INSTRUMENTOS
INTERNACIONALES DE DERECHOS HUMANOS

Ana María Arteaga

Abril 2003

Social Watch / Abril 2003

Control ciudadano desde la base

Una experiencia de democratización de instrumentos
internacionales de derechos humanos

Ana María Arteaga

SOCIAL WATCH / CONTROL CIUDADANO

COMITÉ COORDINADOR

Roberto Bissio (Uruguay, Secretariado), John Foster (Canadá), Patricia Garcé (Uruguay, Secretariado), Yao Graham (Ghana), Jagadananda (India), Atila Roque (Brasil), Ziad Abdel Samad (Libano), Leonor Briones (Filipinas), Sophia Murphy (Estados Unidos), Areli Sandoval (México), Maggie Schmeitz (Suriname), Simon Stocker (Bélgica), Abdel Hamid El Kam (Marruecos).

El Secretariado Internacional de Social Watch / Control Ciudadano se encuentra en Montevideo – Uruguay y tiene su sede en el Instituto del Tercer Mundo (ITeM).

SERIE CUADERNOS OCASIONALES

Editora

Soledad Bervejillo

CUADERNO OCASIONAL 02

Autora

Ana María Arteaga

Esta publicación fue financiada por Novib/Oxfam Netherlands y The Ford Foundation.

© Copyright 2003

INSTITUTO DEL TERCER MUNDO

Jackson 1136, Montevideo 11200, Uruguay

item@item.org.uy

Fax: +598 (2) 411 9222

El contenido de esta publicación puede ser reproducido por organizaciones no-gubernamentales con fines no comerciales (envíenos copia, por favor). Cualquier otra forma de reproducción, almacenamiento en un sistema de recuperación de datos, o transmisión por cualquier medio, con fines comerciales, requiere autorización previa de ITeM.

Diseño gráfico: MONOCROMO

info@monocromo.com.uy

Tel.: +598 (2) 908 6241

Impreso por: MONOCROMO

Impreso en Uruguay

Edición hecha al amparo del Art. 79 de la Ley 13.349

(Comisión del Papel)

ISSN: 1510-8619

ISBN: 9974-574-40-4

Dep. Legal: 330285

Por órdenes, pedidos y suscripciones comunicarse a:

Social Watch / Control Ciudadano

Casilla de Correo 1539

Montevideo 11000, Uruguay

e-mail: socwatch@socialwatch.org

<http://www.socialwatch.org/>

Tel.: +598 (2) 419 6192

Fax: +598 (2) 411 9222

TABLA DE CONTENIDO

Prólogo	5
Punto de partida	9
Muy variadas y porfiadas	11
Apuestas y respuestas	21
Cómo mirar, qué hacer, cuándo y con quién	25
Puesta en marcha y validación	29
Acciones y confirmaciones	33
Aprendizajes	35
A modo de síntesis	37
Documentación utilizada en la experiencia	39
Sobre la autora	40

Prólogo

“La Plataforma de Acción Mundial y el ejercicio del control ciudadano salvaron al movimiento de mujeres”. Cuando escuché estas palabras de mi colega, mientras compartíamos un café y un tímido sol a media mañana en Santiago, pensé que eran producto de un rapto de exagerado entusiasmo. Después de conversar sobre todo un poco, de pronto estábamos revisando la experiencia piloto que cuatro años antes habíamos realizado en un arrebato por “democratizar”, como decíamos, la Plataforma de Acción Mundial (Beijing, 1995) y el control ciudadano como herramienta de participación.

Recordábamos muy bien el escaso interés que había despertado nuestra propuesta entre las ONG, muchas de ellas tensionadas por las exigencias del nuevo escenario político tras el término de la dictadura, y por la incertidumbre que significaba la drástica reducción de los recursos de la cooperación.¹ En ese ambiente tan poco propicio, cualquiera innovación – como la que proponíamos – corría el riesgo de ser considerada una suerte de aventura sin mucho destino. Más aún cuando ya estaban en marcha una serie de actividades de difusión de los Acuerdos y de la Plataforma de Acción Mundial en distintas ciudades del país,² y una coalición de ONG y centros de mujeres estaba en conversaciones con las autoridades con el fin de lograr medidas específicas que significaran avances reales para las mujeres.³

1 El régimen militar se extendió desde septiembre de 1973 a marzo de 1989. Entre 1990 y 1995, la cooperación internacional redujo en un 60% su aporte a las ONG y organizaciones sociales en Chile.

2 Estas acciones fueron lideradas por el Grupo Iniciativa Mujeres, coalición integrada por 11 ONG y centros de mujeres de orientación feminista.

3 Este proceso culminó con la firma de un Acta de Compromiso donde el gobierno se comprometía a facilitar a las mujeres el acceso al poder y la toma de decisiones.

Todo eso estaba muy bien, sin duda. Pero no restaba validez a nuestra propuesta, que apostaba por un camino inverso – aunque complementario – a las actividades que se estaban llevando a cabo. De hecho, insistíamos en la necesidad de desconcentrar los esfuerzos e interlocutores y abrirnos hacia las organizaciones de base. En otras palabras: sin un movimiento informado, alerta y con capacidad de presión desde la base, los puentes establecidos corrían el riesgo de transformarse en meras promesas sin fuerza.

Nuestra propuesta era bien clara al respecto: si las mujeres no tenían la oportunidad de apropiarse de la Plataforma de Acción Mundial, si desconocían los acuerdos de Copenhague, el Cairo e incluso la misma CEDAW, mal podíamos esperar que se movilizaran o que presionaran a las autoridades para exigir su cumplimiento. No pretendíamos preparar especialistas, sino abrir oportunidades para la potenciación de las organizaciones de mujeres a través un doble y mismo proceso: de democratización de los instrumentos internacionales, para facilitar la apropiación por parte de las organizaciones, y de capacitación para el ejercicio del control ciudadano y seguimiento de los acuerdos.

Y lo hicimos. Con mucha voluntad y el compromiso directo de las propias mujeres, construimos una propuesta que ahora, transcurridos estos cuatro años, ya es adulta y camina por su propia cuenta. Otros grupos, otras mujeres, colectivos de jóvenes, de defensa del medio ambiente, de promoción y desarrollo rural se han apoderado de ella adaptándola, mejorándola: la hicieron propia. De hecho, sin que nos diéramos cuenta, nuestra experiencia y los materiales que preparamos comenzaron a circular y se transformaron en una suerte de “carta de inspiración” que dio lugar a una variedad de acciones de información, capacitación y de presión ciudadana en distintas regiones y localidades.

Salir al encuentro de los grupos fue particularmente interesante y grato, pese a los constantes desarreglos que sufrieron nuestros itinerarios. Ingenuamente quizás, habíamos estimado un tiempo promedio con cada grupo, que si bien resultó bastante acertado en ciudades y centros urbanos, demostró ser abiertamente inadecuado respecto a los ritmos y programas con que nos esperaban en las pequeñas localidades. Allí no cabía eludir – ni se nos pasó por la mente – el ceremonial de las comidas y el té, el intercambio de regalos,

de afiches, fotos y calendarios. Tampoco las invitaciones fuera de programa a la comunidad vecina: “Tienes que conocerlas, nosotras las apoyamos. ¡Ya verás lo que han hecho y cómo están de preparadas!”

Imposible no compartir sus entusiasmos, no ver sus esfuerzos por cambiar en algo la monótona linealidad de la vida de las mujeres. “Aquí, de a poco estamos convenciendo a las mujeres de que hay algo más que el aseo, que los hijos y las cuatro paredes. Más que nada, nos interesa que descubran que no están solas, que tienen derechos y que juntas podemos cambiar algunas cosas.”

El entusiasmo de Marisa era contagioso y reafirmaba nuestro propio convencimiento de que lo que habíamos echado a andar seguía plenamente vigente, recreándose en nuevos grupos, iniciativas y proyectos. Y que en cada uno se volvía a confirmar lo que había sido nuestro punto de partida: que la participación y el control ciudadano desde la base son posibles cuando se tienden los puentes para que las organizaciones sociales accedan a la información y cuenten con los instrumentos necesarios.

Las experiencias que a continuación les presentamos corresponden a distintas etapas de esta historia que aún se sigue escribiendo. La primera parte – Punto de partida – se refiere al trabajo que llevamos a cabo entre los meses de abril y diciembre de 1997, período en que nos dedicamos más que nada a aterrizar nuestra idea, a ponerla por escrito, a discutirla con las mujeres, a corregirla y a validarla con los propios grupos.

Una segunda etapa – que representó el arranque ya más formal de la experiencia en terreno – se desarrolló entre enero y septiembre de 1998, meses en que realizamos ocho talleres en distintas regiones del país con grupos de mujeres integrantes de REMOS, una red de organizaciones de mujeres de base que se sumó a la propuesta desde el principio.

Para muchas de las 614 mujeres de organizaciones de base que asistieron a las capacitaciones para el ejercicio del control ciudadano, los talleres significaron un cambio sustantivo tanto en su devenir colectivo como a nivel personal, en sus propias vidas. Hemos intentado recoger parte de lo que escuchamos – anécdotas, aprendizajes y descubrimientos – en esta parte del documento.

La tercera etapa o fase de esta historia se refiere a las nuevas camadas de talleres e iniciativas que desde los grupos mismos o surgidos desde otras vertientes de mujeres han dado continuidad, con un sello propio, a nuestro afán democratizador de los instrumentos internacionales.

Parte de los testimonios fueron recogidos entre marzo y junio de este año. Pese al tiempo transcurrido, la buena memoria de los grupos jugó en nuestro favor: prácticamente en todos encontramos voces y caras amigas que nos abrieron las puertas y nos ayudaron a refrescar nuestra memoria.

Conciliando horarios y distancias, participamos en sus actividades, tuvimos conversaciones individuales y sesiones colectivas. Nos encontramos en sus sedes – siempre la precariedad coloreada con afiches – y poco a poco, entre recuerdos y anécdotas, se fueron armando historias pasadas y otras más recientes; salieron relatos de acciones, de dificultades y aprendizajes, de progresos, de nuevos referentes, interlocutores y complicidades.

Sin duda, nos habría gustado disponer de mucho más tiempo para recorrer todas esas fotos que pusieron ante nuestra mirada; o para esperar otro rato a Carmen, que debía recoger a la niña para incorporarse al grupo, o para saludar de pasada a doña Gloria, que estaba convaleciente en cama. A las mujeres que nos recibieron, a las que nos quedaron pendientes y a todas nuestras interlocutoras en este proceso, nuestro agradecimiento por la acogida, por el tiempo que nos dedicaron y por el entusiasmo que pusieron en la reconstrucción de esta experiencia.

Ana María Arteaga

Santiago de Chile, julio 2002

Punto de partida

A pesar del interés demostrado por las mujeres de base que asistieron a los foros y seminarios post Beijing, hacia fines de 1997 estaba claro que les estaba resultando muy difícil traspasar a sus organizaciones tanto los contenidos de los acuerdos y la Plataforma de Acción, como el significado y la potencialidad del control ciudadano como mecanismo de vigilancia del cumplimiento de los compromisos adquiridos por los gobiernos.



Las organizaciones integrantes de REMOS han sido un referente social importante, con presencia en más de 20 municipios del país.

Convencidas de la necesidad de contar con un instrumento que facilitara el ejercicio del control ciudadano desde la base, iniciamos acciones de acercamiento a las organizaciones de mujeres, con el fin de plantearles la idea de elaborar una propuesta metodológica y a la vez invitarlas a participar en el proceso. Esto último era indispensable, puesto que por experiencia sabíamos que para que efectivamente hubiera apropiación del método, éste tendría que ser elaborado conjuntamente con las organizaciones, de modo que en él se vieran reflejadas su propia realidad y prioridades.

Siguiendo este principio, resolvimos presentar un primer borrador de propuesta – aún muy grueso – a REMOS (Red de Mujeres de Organizaciones Sociales) que articulaba por ese entonces a una treintena de organizaciones de mujeres de base de distintas ciudades y regiones del país, cuya trayectoria y buena disponibilidad nos era bastante familiar, puesto que se había constituido con parte importante de los grupos con que veníamos trabajando desde mediados de los años 80.⁴

La opción de validar la propuesta trabajándola con una red de organizaciones sociales nos resolvía varios problemas. Por una parte, nos evitaba tener que escoger con qué grupos trabajar – puesto que resultaba imposible integrar a demasiados en el proceso – y por lo mismo vernos obligadas a excluir a un cierto número de ellos. Por otra parte, trabajar con redes – coordinaciones o federaciones – tenía la gran ventaja de asegurarnos la difusión posterior de la propuesta, facilitar el efecto multiplicador y tener asegurada de partida su legitimidad ante un espectro amplio de organizaciones.

Por su parte, lo que atrajo el interés de REMOS fue visualizar la potencialidad que encerraba el ejercicio del control ciudadano desde la base: al enmarcarse en aspectos de la realidad concreta cotidiana de las mujeres, permitiría a las organizaciones recuperar la sintonía con los intereses inmediatos de sus integrantes (vinculados principalmente con situaciones de pobreza), reafirmar los objetivos de género (trabajando el Plan de Acción) y, más importante aún – dado el mal momento que atravesaban la mayoría de los grupos de mujeres – posicionarse como interlocutoras válidas frente a las autoridades locales y demás actores políticos y sociales.

“Estábamos muy preocupadas por el desinterés que aumentaba en los grupos. Como que habíamos perdido un poco el rumbo. No sabíamos muy bien qué hacer, cómo estimular a la gente a participar. Esto del control ciudadano por eso nos gustó. Porque respondía a lo que necesitábamos.” (Sara, 49 años, una de las fundadoras de REMOS)

“Era algo concreto, sobre cosas por las que estábamos peleando desde hacía rato, acá, allá, muchos grupos cada uno por su lado. El control ciudadano es lo que nos hacía falta. Hacer valer nuestros derechos y cobrarles la palabra a todos: al gobierno, los políticos, al alcalde. ¡Eso nos gustó!” (Luisa, 52 años, 1 hijo)

4 Actualmente forman parte de REMOS alrededor de 5.000 mujeres organizadas.

Muy variadas y porfiadas

El espectro de organizaciones que integraban la red era heterogéneo en su composición y experiencia, entremezclándose algunos grupos todavía muy tímidos en el terreno de lo público con organizaciones de reconocido perfil y notoria capacidad de convocatoria.



Las organizaciones reciben capacitación sobre distintas temáticas a través de encuentros y talleres.

Desde un comienzo, tuvimos muy claro que grupos y organizaciones no eran en modo alguno dos palabras para decir lo mismo, ni siquiera equivalentes. Aunque no se distinguían mayormente unas de otras por su composición, el tipo de actividades que realizaban, los objetivos declarados o su forma de funcionamiento, para sus integrantes estaba claro que no eran la misma cosa.

“Mira, nosotros somos un grupo. La organización es otra cosa, más complicada, con comisiones y esas cosas. No, nosotros somos así nomás. Dicen que es mejor ser organización, pero es más complicado también. Lo que importa es lo que hacemos. Igual para algunas cosas nos juntamos todas. Por ejemplo, el 8 de marzo: hacemos pancartas y partimos al centro a desfilar todas juntas. Ahí no se sabe quién es grupo y cuáles organizaciones. Somos mujeres, ¿ves?” (Beatriz, 26 años, 1 hijo)

“Lo que nos interesa es hacer algo acá con las mujeres. Para eso nos juntamos. No queremos pasarnos en reuniones discutiendo cosas. La política, andar por los ministerios, hay mujeres que saben y les gusta eso. Los grupos somos más apegados al barrio, al municipio. Y es bueno que haya de todo, ¿no?” (Elisa, 39 años, 4 hijos)

En realidad, diferencias las hay – y muchas – entre grupos y organizaciones, aunque no se distingan de buenas a primeras. Hay que adentrarse en su lógica, conocerlas desde dentro, haber convivido con ellas para darse cuenta de dónde están los rasgos que les son comunes y los que las particularizan.

Por una parte, está el radio de acción que, tal como lo expresan las mujeres, en los grupos es más restringido, más centrado en lo barrial. Pero también más cercano a la gente, a la contingencia local. Está, por otra parte, su estructura más informal. Aunque en unos y otros existe una cierta rotación de integrantes, ésta es más frecuente en los grupos, por lo común más elásticos y menos celosos de su membresía. Más que las normativas o los reglamentos internos, en los grupos por lo general tienden a jugar un papel importante la historia local, los lazos afectivos, de vecindad, las redes informales de mutua ayuda y solidaridad.

“Acá nos conocemos todas sea por esto o por lo otro. Esta población la armamos las mujeres, con una toma de terrenos. Los hombres también estaban, pero mucho menos. Ahí comenzamos a organizarnos. Primero fue la dictadura, el hambre y eso. Después el 85 fue para el terremoto; después cuando las lluvias tuvimos inundación y mucha gente se quedó sin casa.”

“Así es que ya nos conocen. Siempre acuden, nos preguntan... Pero el grupo no está para cualquier cosa. Ahora sólo con las mujeres, a eso nos dedicamos mayormente. Sólo a eso.” (Graciela, 4 hijos, dirigente)

“Esto de que la mayoría seamos amigas, vecinas o parientas tiene sus ventajas, claro, porque nos conocemos las mañas y cómo van las cosas. Pero a veces no es tan bueno, tampoco. Tenemos que ser bien cuidadosas. Pero hasta ahora, ya ves, ¡llevamos como cinco años en esto! Por ahora estamos bien así... A lo mejor, más adelante...” (Mónica, 37 años, 2 hijas)

Tal como lo dan a entender sus propias integrantes, ser o transformarse en organización no es sólo una cuestión numérica o de cumplimiento de la normativa

municipal para ser reconocidas como tales. Cumplir con las exigencias formales (al menos 15 socias, un domicilio conocido, una directiva electa periódicamente, llevar libro de actas y contar con objetivos medianamente claros) no representaba mayores inconvenientes para las mujeres y sí algunas ventajas. De hecho, el registro municipal les abría la posibilidad de acceder a concursos y recursos públicos, además de lograr un cierto reconocimiento vía invitaciones a las ceremonias y festividades oficiales.

“A las organizaciones, los papeles, las reuniones, discutir cosas con éste o aquél, armar una comisión o ir a un foro, eso no nos asusta. Es parte de lo que hay que hacer. Lo que hay que tener bien claro es que ser organización es una cuestión política: es querer influir, es estar alerta y al tanto todo el tiempo, prepararnos, participar en discusiones, hablar de igual a igual, ¡¡no achicarse!!” (Ester, 52 años, 4 hijos)

Tras el fin del régimen militar, al primer gobierno de transición se le planteó muy pronto el desafío de hacer frente a las serias carencias de canales de participación y a las expectativas de incidencia en la gestión pública de los movimientos sociales y las organizaciones de la sociedad civil. Para las mujeres, no se trataba solamente de un reconocimiento público al papel que habían jugado en los años más duros de la dictadura. Las respuestas concretas que representaron por doquier las ollas comunes, los comités de cesantes y de personas sin casa, los grupos de salud, los comedores populares, se mantenían aún presentes en la memoria de las vecinas, en las calles, en los patios de las escuelas de cada una de las barriadas golpeadas por la represión y las carencias.

“No queríamos homenajes ni nada de eso. Sólo poder seguir, salir adelante. Era importante mantenernos unidas. Después de tanto resistir, de compartir lo poco que teníamos, de superar el miedo de todos los días, ¿cada una para su casa? ¡Ni pensarlo! Contra viento y marea, nosotros íbamos a seguir. Y esperábamos que el gobierno se pronunciara. Pero bueno, esperamos y esperamos... Tú sabes cómo fue la cosa.” (Cristina, 42 años, 2 hijas)

La respuesta a las demandas de participación de las mujeres no facilitó en la práctica el acercamiento de las organizaciones de base con la nueva institucionalidad. La puesta en marcha del Servicio Nacional de la Mujer (SERNAM) a comienzos de los años 90, había generado bastantes expectativas al interior del movimiento de mujeres, especialmente por su rango ministerial y por disponer de un presupuesto propio.

A poco andar, sin embargo, el entusiasmo ya no era el mismo. Contrariamente a lo que se esperaba, la ley que le había dado origen le había coartado su capacidad de acción, impidiéndole la posibilidad de ser ejecutor directo de proyectos y programas. De hecho, al organismo se le dio como función la elaboración y coordinación de políticas de igualdad de oportunidades a nivel nacional y al interior del aparato del Estado.

Ése fue el desencanto mayor para las organizaciones de base, que esperaban contar con un aliado dentro del gobierno para llevar a cabo sus iniciativas, para continuar con sus actividades y echar a andar unas cuantas otras. Había circulado la expectativa de que el SERNAM sería el lugar de todas, donde conjuntamente se construirían posibilidades nuevas para las mujeres.

“Fue muy difícil la cosa. ¿De qué servía tener un ministerio si era como cualquier otro? Fue como una estafa. Al principio esperamos tranquilas, ‘esto se va a arreglar’, decíamos. Pero no, no cambió nada. Así es que dejamos de ir. Han hecho cosas, claro, como la ley de violencia por ejemplo. Pero con las organizaciones, nada. Una que otra invitación a veces, pero consultarnos, conocer lo que pensamos... ¡Para mí que no les interesa!”
(Cecilia, 47 años, 3 hijas)

Pese a que un número considerable de profesionales del movimiento de mujeres asumieron cargos de gobierno o cumplieron funciones como asesoras en distintas reparticiones, tampoco ello contribuyó a un acercamiento ni a tender puentes con las representantes de las organizaciones de base.

“A lo mejor fuimos ingenuas, pensamos que iba a ser distinto. Con muchas habíamos hecho cosas juntas, talleres en la población, habíamos marchado, salido a las calles en las protestas... Y ahora como si les hubieran cambiado la mente. Antes nos buscaban para los proyectos, pero después ya fue otra cosa... Teníamos un montón de ideas de programas y proyectos, pero muchas nos cansamos y se quedaron en el aire.” (Mercedes, 38 años, dirigente)

“El cansancio y la decepción fueron muy fuertes. Estábamos desorientadas, sin mucho que ofrecer... Ahora nos hemos recobrado en algo, estamos retomando impulso... Con esto de la discriminación, del Plan de Beijing, los derechos de la mujer, ya nadie puede negar todo eso... La cuestión de género, trabajar con la violencia ha sido clave, nos ha servido de mucho.” (Sonia, 42 años, 4 hijos)

Constituir la red fue el resultado de un proceso largo de aprendizajes, contactos y diálogos entre grupos y con las organizaciones; de viajes cansadores a provincias; de convencimientos, de reuniones hasta tarde en la noche. Pero sobre todo de mucha madurez y voluntad política.

“De a dos, las que podíamos por los maridos, los niños... tú sabes, es complicado. Bueno, comenzamos a viajar, unas para el norte y otras para el sur. Y otras se dedicaron a conversar con los grupos de Santiago, de Valparaíso y la V región. Nos hicimos un programa de visitas y partimos. Nuestro mejor argumento era que solas, de a una, nadie nos iba a oír. En cambio que juntas, todas de acuerdo, podíamos armar una tremenda gritería. Eso les decíamos. Y no había que convencerlas: ¡todas se daban cuenta!” (Sara, 47 años, 2 hijas)

Y el pronóstico resultó acertado. Seis meses después y tras un par de encuentros intermedios, las representantes de treinta grupos y organizaciones tuvieron su primera asamblea de intercambio de pareceres, definieron objetivos y estatutos generales y eligieron una directiva provisional. Para ello contaron con la asesoría y apoyo económico de SOL (Solidaridad y Organización Local), una pequeña ONG que desde 1985 otorgaba financiamiento directo a propuestas de organizaciones de base.

“Fue impresionante el cambio. Nos sentíamos mucho más seguras e importantes. Porque no era lo mismo hablar por un grupito, que tener a casi 3.000 mujeres detrás. Y eso se vio de inmediato. Comenzaron a invitarnos, nos citaban, querían conocernos. Hasta la ministra vino a uno de las jornadas. Eso ya fue un adelanto, conversar con ella de igual a igual.” (Ana, 42 años, 1 hijo)

Los beneficios del paso que habían dado no se dejaron esperar: además de la interlocución, lograron algunos financiamientos, accedieron a información, se conectaron y establecieron intercambios con instancias regionales, fueron invitadas a participar en foros y otros eventos.

Al cabo de un año, REMOS se había transformado en un referente de importancia dentro del espectro de organizaciones de mujeres.

En cuanto a los grupos y organizaciones que conformaban la red, en su interior no se hacía mayor distinción. Aunque algunos se habían constituido inicialmente como simples colectivos – de salud, de vivienda, de electrificación, de agua potable, de pavimentación – muchos ya habían optado por inscribirse en el municipio con el fin de acceder a beneficios estatales, y luego continuado haciendo su

propio camino. Un buen número de ellos se habían formado en el seno de diversas ONG, donde la oferta de capacitación se entremezclaba con la oportunidad de romper la rutina familiar y salir de casa.

Las mujeres, sin embargo, tenían muy claro que había un antes y un después en su experiencia de participación grupal y de trabajo comunitario.

“Con las chiquillas hemos estado en cursos de tejido, peluquería, macramé, jardinería, plantas ornamentales... hemos aprendido un montón de cosas. También nos metimos al comité de vivienda, por lo de la casa. Y paramos ollas comunes cuando el hambre en la dictadura... y armamos el centro de salud, ahí donde ahora está ahora el Policlínico.” (Cecilia, 47 años, 4 hijos)

“¡Llevamos rato en esto! Pero ahora es distinto... pastelero a tus pasteles. Porque antes era puro para los demás: que los viejitos, que la escuela, que la basura, que la luz. Ahora no, ahora nos toca a nosotros. ¡Y tenemos mucho que hacer!” (Roxana, 5 hijos, 53 años)

Desde el punto de vista de sus integrantes, el panorama era bastante variado. Junto a las mujeres que venían de vuelta de militancias y pertenencias de distinta naturaleza (de partidos políticos, juntas vecinales, comités de salud, clubes deportivos, voluntariados parroquiales) estaban aquellas más debutantes, para quienes los grupos representaban un espacio propio de esparcimiento y compromiso social.

“A mí la organización me gusta, y concuerda con lo que yo pienso. Eso de andar colgando del otro, sin saber nada, siempre encerrada y quejándose... ni ahí estoy con eso. Una tiene que estar al tanto, hacer sus propias cosas, tener su pensamiento...” (Julia, 28 años, 1 hijo)

“¡Acá hay de todo, ¿ves? Hay para todos los gustos!! Gordas, flacas, morenitas, rubias, altas y bajitas, con hijos, viudas, unas solteras, otras así nomás, rejuntadas. De todo un poco. ¡Unas que recién se avispan y otras bien carreteadas! Da lo mismo. Lo que importa es no estar conforme y querer aprender y hacer cosas juntas. ¡En eso es lo que nos fijamos!” (Adelina 43 años, viuda)

Entre las mujeres se daban niveles diferentes de manejo de los conceptos relacionados con el binomio ciudadanía/género. Aunque la mayor parte de los grupos había tenido acceso a programas de capacitación implementados por ONG o por

entidades gubernamentales, muy pocas habían recibido formación para la participación ciudadana, y cuando ésta se les había dado, casi siempre se había hecho en el marco de campañas políticas y procesos electorales. En nuestras conversaciones previas, las dudas y argumentaciones se expresaban con vehemencia.

“A mí ni me hablen de participación ni de esas cosas. Son puros cuentos, nomás... Acá siempre aparecen los políticos justo cuando va a haber elecciones. Si no, ni se acuerdan de que existimos. ¿Participación? Les interesa sólo que nos movamos y después votemos por ellos. ¡Yo no estoy para perder mi tiempo!”
(Jessica, 43 años, 2 hijos)

“Mira, voy a serte bien franca. Si esto de la cuestión ciudadana tiene que ver con los partidos, pues olvídate. Nadie quiere ni verlos. Y lo que piensa cada una es cosa propia. Pero si se trata de la cuestión de los derechos, eso sí que me interesa. Por eso vine: a saber de qué se trata...” (Sandra, 38 años, 1 hija)

Aunque los términos les eran familiares, sólo una minoría de las mujeres había recibido formación en materias relacionadas con discriminación o conocía sus derechos como tales. En casos contados, algunas habían recibido asistencia profesional procurada por el municipio, por lo común en relación con beneficios sociales, por litigios conyugales o de pensiones de alimentos.

“Yo de las leyes y esas cuestiones, sé harto poco. A lo más, lo de los niños, los alimentos y el familiar que son derechos por ley, ¿no? Pero los de una como mujer, si los hay, ni una letra. Sería bueno conocerlos, aunque a mi edad... ya ni sé si me sirva de algo. Para enseñar a otras, a las nietas aunque sea, digo yo...”
(Loreto, 56 años, viuda)

En cuanto al concepto de género, aunque algunas empleaban el término con bastante familiaridad, por lo general se empleaba como sinónimo de mujer o de sexo.

“Algunas dicen que no es lo mismo, pero yo no lo veo tan complicado. Antes uno decía mujer y todo el mundo entendía, pero ahora la cosa no es lo mismo. Género es más político, dicen, es de igual a igual en todo. Nosotros nos inscribimos porque nos interesa. Si hay diferencia, tenemos que estar al tanto, hay que saberla.” (Edith, 46 años, 4 hijos)

Tal como lo declaraban las mujeres, la integración al grupo había significado ponerle nombre y de a poco freno a vivencias comunes y antiguas de menoscabo,

dependencia, falta de oportunidades y sometimiento. Palabras como sexismo y subordinación les eran familiares, sin duda. Pero había sido allí con las otras donde habían cobrado sentido, cuando aprendieron a identificarlas dentro de sus propias vidas.

“Yo era muy tonta antes. A una le enseñaron a aguantar porque las cosas eran así y mala suerte nomás lo que le tocó. Yo tenía miedo de meterme al grupo, que las demás se dieran cuenta. Quería y no quería. Lo difícil fue atreverse... eso. Yo venía así, de a poquito, que no se notara... Pero me animaba y volvía, porque me sentía bien con las otras. Y aquí me ven. Aquí sigo todavía...”
(Lucía, 56 años, 2 hijos)

Aunque algunas mujeres – en su mayoría dirigentas – habían participado en cursos, seminarios y asistido ocasionalmente a foros internacionales y eventos en el extranjero, ello no había asegurado necesariamente el traspaso de la experiencia a las demás integrantes del grupo.

“Se suponía que teníamos que transmitir a las otras. Pero no es llegar y decir... Podíamos contar esto y lo otro, pero de hacer cursos... A mí como dirigente pídanme convocar, movilizar, yo sé de derechos laborales, lo que necesita la gente; sé organizar, levantar campañas. Pero de estos temas de ciudadanía y de género. Yo sé lo que es y cómo nos perjudica, pero...” (Alicia, dirigente, 52 años)

“Hacer talleres... Me habría gustado, pero yo no sé si sirvo para eso. O sirvo pero no sé cómo hacerlo. Tú dices que se puede, que cualquiera que le guste puede... Estaría bueno aprender y así después nosotras mismas seguimos. Eso me gusta: la autonomía me gusta siempre.” (Nora, dirigente, 42 años)

Durante nuestras conversaciones, pocas mujeres reconocían tener experiencia en acciones ciudadanas. Sabíamos, sin embargo, que más de alguna había participado en invasiones de terrenos para acceder a una vivienda y que muchas habían levantado ollas comunes en plena vía pública durante la dictadura.

“¿Cuestiones ciudadanas, dices tú? ¿Así como movilizaciones, como campañas, salir a la calle? No se si será lo mismo esta cuestión ciudadana... Pero si es para exigir, para que cumplan lo que dijeron... yo estoy por eso. Acá estamos aburridas de palabrera, te aseguro. Ya nadie cree.” (Sandra, 38 años, 1 hija)

Entre las más jóvenes, las experiencias por lo general eran de distinta índole. Menos militantes y orgánicas quizás que sus predecesoras, sus compromisos eran más concretos, más espontáneos y ligados por lo general al entorno próximo.

“Cuando los ecologistas llegaron y nos dijeron lo de los químicos en los depósitos de allá, muchas salimos a cortar la carretera con ellos. Cuando llegó la policía no nos movimos, porque lo que estaba en juego no eran los grandes. Eran los niños, la salud de ellos. ¿Cómo íbamos a vivir así, con esa porquería hedionda? ¿Quién te asegura que no se iban a enfermar? ¡Era un abuso... no se podía!” (Sonia, madre soltera, 29 años)

“La población, tú sabes la mugre y el polvo, como era... Así es que nos juntamos unas cuantas y fuimos ahí donde el Pedro, que trabajaba en el vivero. Nos dieron un montón de plantas. Los arbolitos los pusimos en los juegos y en la plaza. Algunos se murieron, claro. Después fueron los huertos en la escuela, para crear conciencia en los niños y en la gente. Lo malo es que siempre somos unas cuantas mujeres nomás, porque los demás, no están ni ahí con esto. A veces los jóvenes... a veces...” (Bernarda, 33 años, 3 hijos)

Cuando preguntamos por qué pensaban ellas eran siempre las mujeres las que participaban en ese tipo de iniciativas, quedó en evidencia que las mujeres tendían a comprometerse y a sentirse interpeladas más como madre, esposa o vecina, que actuando en función de sus derechos ciudadanos.

“Entonces no teníamos idea de estas cuestiones. Lo único era terminar con la porquería. Ahora quizás lo haríamos un poco distinto. Exigiríamos a las autoridades, armaríamos jaleo porque sabemos que un ambiente limpio es un derecho. Y hasta aparece en la Constitución, creo... o en alguna parte importante.” (Nora)

Aunque a algunos grupos y organizaciones les gustaba establecer las diferencias, cuando comparábamos la composición y dinámica interna, los objetivos o el quehacer de unos y otras, las similitudes eran bastante evidentes. Por ejemplo, la preocupación primordial por las mujeres, los niños, los ancianos y el bienestar de la comunidad. Tenían además otros puntos en común: la precariedad, la capacidad de innovación, la voluntad de seguir adelante, los esfuerzos de autoformación constante.

“Mira, en la práctica seguimos porque queremos. Todo cuesta y lo poco que tenemos lo hemos ganado con hartito esfuerzo. Entonces

las diferencias son lo de menos porque se han ido dando solas. Hacemos talleres, vamos a capacitaciones y así los grupos se van especializando. Algunos en salud de la mujer y violencia, otros en prevención del embarazo, otros en desarrollo personal. Todo depende de los equipos. A veces incluimos manualidades, porque eso atrae a nuevas mujeres.” (Guillermina, 39 años, sin hijos)

La sensibilización de la comunidad a través de campañas periódicas en distintas problemáticas, la interlocución constante con autoridades, la denuncia y contacto con los medios de comunicación – radios y periódicos locales – pasaron a ser parte importante de la estrategia de intervención de la red.

“En la asamblea anual, decidíamos qué campañas íbamos a hacer en común y además aparte cada una hacía las que quería, de acuerdo a su especialidad. Pero de todas maneras una o dos en común, como REMOS: violencia, salud, y el 8 de marzo, por lo menos. También hemos hecho otras más contingentes, como la idea de las firmas para desaforar a Pinochet, por ejemplo. ¡Eso fue una ocurrencia nuestra!” (Ester, 62 años, viuda)

Junto con la constitución de la red nació la preocupación – constante en todas las organizaciones – por su supervivencia y capacidad para obtener recursos para el desarrollo de acciones comunes que las proyectara no sólo a nivel de sus localidades: la aspiración era transformarse en un referente para las organizaciones de mujeres y de paso en un interlocutor válido con peso frente a las autoridades.

Una vez más, SOL concurrió en su ayuda, procurándoles algunos recursos financieros, pero más que nada brindándoles asesoría y capacitación en la planificación y gestión de proyectos.

“Tuvimos que cambiar de óptica porque ya no éramos el grupo o la organización, sino una cuestión con mucha gente que abarcaba distintas regiones. Eso tuvimos que aprenderlo: a decidir las cosas de la red entre todas las organizaciones y no a puertas cerradas, como se dice. A discutir, a resolver y tomar decisiones juntas. A respetar lo diferentes que éramos, las opiniones. Tuvimos que aprender eso y practicarlo. Lo que no fue nada fácil.” (Sara, dirigente)

“Nos juntábamos para hacer el programa común de actividades, veíamos las capacitaciones, las campañas que haríamos como

red; también las fechas de los encuentros y las asambleas. Las cosas comunes como red. Otra cosa aparte eran las actividades a las que cada organización iba por su cuenta, en su comunidad. Ésa era otra historia, su trabajo habitual, de siempre. Eso se programaba aparte, cada una independiente.” (Bernarda, dirigente)

Apuestas y respuestas

En total, ocho grupos y organizaciones de la Red participaron en el proceso que nos permitió poner a prueba y afinar la propuesta. Entre ellos, cuatro eran de provincias y el resto de Santiago. La idea era que las discusiones y talleres pudieran realizarse con mujeres con distintas trayectorias, intereses, prácticas organizativas y de acción a nivel local.

De acuerdo a nuestra experiencia, estábamos seguras de que lo único que podría garantizar la apropiación del método y su aplicación a nivel local, era que los grupos vieran en el control ciudadano una herramienta práctica para mejorar su incidencia y promover sus intereses a nivel local.

“Acá han venido a ofrecernos cursos y cosas. A veces decimos que bueno porque nos parece bien. Pero nos ha pasado que después resulta que son muy por las nubes y nadie entiende nada. Si se trata de cuestiones concretas, que a una la afectan como mujer o como grupo, cosas que le pasan a cualquier mujer, que te dice algo, ahí ni un problema. Pero cuestiones así por el aire, donde uno nada que ver. Ahí no pasa nada, no esperes que se interesen.” (Mariana, 37 años, 1 hijo)

Aunque la propuesta estaba destinada específicamente al empoderamiento ciudadano de las mujeres, a nuestras interlocutoras les pareció no solamente útil y con sentido para ellas, sino también un aporte para otros sectores igualmente o más afectados por la discriminación y la exclusión social, como los jóvenes, los homosexuales o los pueblos indígenas, por ejemplo.

Por lo mismo, les pareció interesante la estructura modular de la propuesta, que dejaba abierta la posibilidad para que cualquier organización o colectivo, más allá de su especificidad y localización, pudiera utilizarla de manera flexible, adaptable a sus propios intereses y contextos.

“Muchas veces a los grupos nos llegan cosas de afuera que son muy lindas, pero que nadie entiende o no las podemos usar, son complicadas. Y después todo eso se pierde. Lo que me gusta de acá, de esto que estamos haciendo, es que esto está al alcance de cualquier grupo. No hay que ser una sabionda para entenderlo. Hacer talleres, a uno tiene que gustarle, claro. Pero con esto se puede y lo demás, bueno, ya se lo va poniendo uno...” (Gladys, 38 años, tres hijos)



Provenientes de más de 20 municipios del país, los grupos se reúnen periódicamente para la elección de directivas y planificar acciones conjuntas.

El proceso de capacitación comprendía un taller de tres módulos, cada uno de los cuales requería para su desarrollo un promedio de seis horas presenciales.

En el Módulo 1, *Nuestro perfil de ciudadanas*, a través de diferentes actividades se invitaba a las mujeres a revisar y profundizar el marco conceptual asociado a la ecuación *ciudadanía/género* y a la vez examinar sus prácticas de participación a nivel local y comunitario. El propósito de este primer módulo consistía en ampliar la visión de ciudadanía de las participantes desde una visión crítica de sus propias concepciones y prácticas – que en general se reducían a la mera concurrencia a las urnas – incorporando la noción de derechos, incidencia y participación como componentes del ejercicio de una ciudadanía activa.

Teniendo en cuenta las dificultades detectadas en los grupos para la selección de la situación sobre la cual se ejercería control ciudadano, el módulo contemplaba un ejercicio destinado a revisar los compromisos adquiridos por las autoridades a nivel local. Para ello, cada grupo efectuaba una suerte de mapeo de las políticas locales en materia social, estableciendo al mismo tiempo quienes eran los beneficiarios directos de tales promesas o medidas.

Con el fin de amenizar este proceso de análisis, se invitaba a las participantes a ilustrar sus respectivos mapas con dibujos y/o ilustraciones. Para ello, se entregaba a cada grupo los materiales necesarios, además de periódicos y revistas usadas.

“Esa parte nos encantaba; nos entreteníamos mucho y cada grupo trataba de hacerlo mejor que el otro. Nos llevábamos tremendas sorpresas porque siempre había alguno que pensaba en alguna política o en un compromiso que ni se nos había ocurrido. En el fondo, se nos pasaba el tiempo corriendo y todas aprendíamos de todas.” (Sonia, 42 años)

En el Módulo 2, *Para ejercer control ciudadano*, se trabajaban cada una de las etapas y los pasos a seguir para poner en marcha una estrategia de control ciudadano a nivel local, sugiriéndose formas prácticas de definición de objetivos, de uso de recursos y medios de comunicación, de identificación de actores y grupos de interés. Este último punto era bastante clave, porque permitía a las mujeres contar de antemano con un panorama de potenciales colaboradores y posibles detractores a la hora de poner en marcha sus acciones ciudadanas.

Dentro del espectro de intereses de las mujeres, los vinculados a los derechos sexuales y reproductivos solían provocar un dinámico debate, dada la conocida

oposición que este tipo de asuntos levantaba en la iglesia católica y en ambientes políticos reconocidamente conservadores.

“Sabíamos que incluso en cuestiones tan básicas como el control de la natalidad, la educación sexual o campañas de prevención VIH, cualquier cosa que hiciéramos, siempre se iba a topar con el rechazo de alguien. ¡Sobre todo de los tradicionalistas, esos ultra conservadores que nunca faltan! En esos temas siempre teníamos que actuar con mucho tacto.” (Ester, dirigente, 41 años)

Anteponiéndonos a ese tipo de situaciones y conociendo la impaciencia de las mujeres, el planteamiento metodológico de este módulo se centraba en el ejercicio del control ciudadano en torno a compromisos ya adquiridos por las autoridades, y no sobre asuntos en proceso de discusión.

Desde este punto de vista, en el módulo quedaba clara la diferencia existente entre el ejercicio del control ciudadano por un lado, y lo que eran las campañas y movilizaciones como prácticas de presión e incidencia, por el otro.

“Al comienzo mezclábamos todo: lo que nos gustaría, los que había, lo que más nos interesaba, sin distinguir cuando se trataba de leyes o políticas incumplidas, de casos donde se estaba discutiendo y no había nada claro todavía. Pero de a poco, con los ejercicios y después la revisión que hacíamos entre todas, ya nos quedaba claro que no había que meter todo en el mismo saco.” (Carmen, 38 años)

El Módulo 3, *Control ciudadano desde las mujeres*, estaba destinado fundamentalmente a facilitar a las mujeres la identificación de sus intereses específicos de género. Este aspecto era particularmente clave de trabajar, por cuanto las mujeres tendían – por socialización y hábitos de participación comunitaria – a dedicar su tiempo a intereses centrados en el bienestar de la comunidad en su conjunto (pavimento, electricidad, transporte), y en la atención de grupos más vulnerables, como los niños, enfermos y ancianos, por ejemplo.

“Bueno, una está tan acostumbrada a pensar en los otros primero, que ni nos dábamos cuenta y ya estábamos escogiendo algo para los niños, o los abuelitos, o los jóvenes. Nos cuesta tanto pensar en nosotras mismas... ¡Como nunca lo hacemos! ¡Pero estamos aprendiendo...!” (Rocío, 56 años)

Dentro de las materias abordadas en el módulo figuraban referencias a las Conferencias sobre la Mujer, a la Plataforma de Acción Mundial, a las convenciones y acuerdos internacionales relacionados con derechos humanos de las mujeres. Especial importancia se otorgaba también a las luchas y organizaciones de mujeres tanto a nivel mundial como en el ámbito nacional, donde con medios audiovisuales se ilustraba el camino que habían hecho las sufragistas, maestras, obreras, las mujeres del campo y la ciudad en distintas épocas hasta la actualidad.

“Ver esas fotos antiguas, a las mujeres con pancartas y desfilando desde tiempos inmemoriales, las obreras en las huelgas, en las fábricas... era impactante. Pensar que desde entonces hemos venido peleando las mismas cosas, por los mismos derechos que ahora... Fue impresionante ver todo eso, me dio gusto.. me sentía parte de algo más grande...” (Fabiola, 45 años)

Para dar un cierre a la dimensión histórica del módulo, se estimulaba a las participantes a evocar y reconstruir la memoria de su propia localidad y organizaciones – a través de dibujos colectivos, collages, dramatizaciones o como ellas quisieran expresarlo – poniendo particular atención en el protagonismo, los actos de rebeldía y la participación de las mujeres.

Cómo mirar, qué hacer, cuándo y con quién

La valorización del cotidiano y de la visión de las mujeres, el rescate y objetivación de la práctica individual y colectiva de las participantes, constituían el principio metodológico rector de cada uno de los módulos.

“La clave de los trabajos grupales consistía en dar tiempo a los testimonios, a la reflexión en voz alta, a legitimar la palabra y opinión de las mujeres. Ellas dicen que eso es ‘hablar desde las tripas’. Y como no tienen muchas ocasiones para hacerlo, ni menos a que sus opiniones sean respetadas y escuchadas... Ahí está el valor que ellas dan a los trabajos grupales: para muchas es una experiencia inédita, te lo aseguro.” (Priscilla, facilitadora, 26 años)

“A mi me encanta ver cómo se les aviva la mirada cuando van descubriendo situaciones que antes pasaban por alto. Partir de lo experiencial es indispensable. De otra forma los temas que se tratan entran por una oreja y salen por otra.” (Gabriela, 56 años, facilitadora)

Cada módulo tenía similar estructura, que incluía una serie de actividades y pasos. En general, se partía con una pequeña charla introductoria destinada a presentar los principales temas a tratar, los objetivos que se perseguían con el módulo, la metodología a utilizar y los ejercicios y dinámicas que se desarrollarían. El Módulo 1 incluía también sugerencias de dinámicas para facilitar la presentación de las participantes, de modo de asegurar un clima de diálogo y confianza mutua.

“Siempre hay que dedicar un tiempo, el que sea, para que las chiquillas se vayan conociendo. Imagínate lo que pasa cuando se juntan personas de distintas partes. Bueno, todas éramos mujeres, pero igual unas venían de ciudades, otras de pueblos más rurales, otras de organizaciones de la costa, otras del interior. Había de todo.” (Susana, facilitadora, 45 años)

“Lo que nunca fallaba y les gustaba mucho, era pedirle a cada grupo que trajera fotos, afiches, recortes, lo que tuvieran, y armaran acá un diario mural, algo así como una exposición de sus actividades. Después cada grupo contaba un poco de donde era, lo que hacía, y en media hora ya todas estaban enteradas de los que hacían las otras. Así empezábamos siempre los encuentros y las jornadas...” (Ana María, Coordinadora de SOL)

Después de la sesión introductoria, y aprovechando la dinámica que se establecía tras la ronda de presentaciones, en el Módulo 1 se invitaba a las participantes a distribuirse en pequeños grupos – de seis a ocho personas – y desarrollar colectivamente un ejercicio de profundización de conceptos a partir de algunas instrucciones y preguntas preparadas de antemano.

El hecho de que no mediara otra actividad a continuación de las presentaciones era un aspecto intencionado metodológicamente, por cuanto con ello se lograba no sólo dar continuidad al proceso de acercamiento recién iniciado entre las mujeres, sino a la vez propiciar el clima de confianza e identidad grupal que se requería para el tratamiento de los distintos temas que se abordarían durante el proceso.

“Pensamos que con 45 minutos de trabajo grupal iba a ser suficiente, pero se hizo corto: todas querían hablar de su localidad, lo que estaban haciendo. Y eso era muy bueno porque la idea era que los grupos se mantuvieran tal cual en los otros módulos, había que darles un tiempo... Y resultó, porque después de un rato enseguida ya se metían en el tema. De ahí salieron un montón de contactos, de alianzas, de intercambios.” (Raquel, dirigente poblacional, 43 años)

“¡Era muy divertido! Cada grupo tenía su personalidad. Y había que ver los nombres que se ponían: Las siemprevivas, Las invencibles, Las líderes, Las luchadoras, nombres bien simpáticos que las distinguían. Inventaban símbolos, dibujos. ¡Se creaban lazos de amistad que todavía se mantienen!” (Lisette, 41 años, 5 hijos)

Anticipándonos a lo que pudiera ocurrir según la cantidad de participantes que concurrieran a los talleres, en un principio habíamos barajado dos alternativas para el tratamiento en los grupos de los conceptos básicos asociados a los temas centrales de cada módulo. En la primera se proponía a cada grupo escoger, dentro de un conjunto predefinido de conceptos, aquellos dos que le parecieran de mayor interés.

Así, en el Módulo 1 se dejaba la posibilidad a los grupos de escoger entre los conceptos de ciudadanía, derechos, democracia, sociedad civil, participación, entre otros. En el Módulo 2, la propuesta incluía términos tales como agenda pública, políticas sociales, desarrollo, vigilancia social, grupos de interés. En el Módulo 3, se sugería trabajar conceptos tales como el binomio sexo/género, identidad, discriminación, autonomía, liderazgo y empoderamiento, por citar algunos. Esta propuesta tenía la ventaja de adecuarse mejor a los intereses de cada grupo, aunque se corría el riesgo de que algunos conceptos no fueran seleccionados o que dos o más grupos se abocaran al mismo.

Este inconveniente, y el comprobar que la elección de conceptos creaba una cierta ansiedad entre las participantes, nos indujo finalmente a optar por una distribución preestablecida de acuerdo al número de grupos y, aunque era un procedimiento menos abierto que el anterior, tenía la ventaja de asegurar el abordaje de los conceptos más importantes asociados a los temas que se estaban tratando.

“A unos les tocaba ciudadanía y a otros el género y la discriminación, o la democracia, o la identidad, temas así, ligados a lo que estábamos haciendo. Te toca lo que te toca, cada grupo se dedicaba a lo suyo. Pero igual salen los otros temas y se habla de todo un poco.” (Maggy, 52 años, 1 hijo)

“Algunas saben más y otras menos. Eso siempre pasa, pero unas con otras se va completando la visión, uno va captando... Eso es lo bueno de esto. Entre todas se arma la idea y se va emparejando la cosa. Al final, cuando se acaba el tiempo, ya se tiene algo más completo. Entonces se anota y después

en plenaria se completa con el aporte de todos. Lo bueno es que mientras tanto uno va aprendiendo un montón de cosas.”
(Graciela, 53 años, 4 hijos)

Además de los comentarios agudos, risas y bromas, a menudo el ambiente de confianza y de respeto mutuo que se generaba en el grupo daba lugar a sentimientos de sorpresa y desconcierto.

“Yo estoy muy impresionada. ¿Hay que ser muy inocente, no? ¿Cómo no me enteré antes de todo esto? ¡No sé si llorar o reírme! Tengo cerca de 63 años y recién me doy cuenta de lo tonta que he sido. Siempre postergándome, siempre corriendo a atender a los otros y yo nada. Me he borrado y borrado... ¡Es que me cuesta créelo! Pero prometo que en lo que me queda, ¡la cosa va a ser distinta!” (Rocío, 62 años, 4 hijos 3 nietos)

En cada uno de los módulos se contemplaba una exposición de no más de 30 minutos destinada a presentar de manera ágil y en un lenguaje sencillo los principales conceptos asociados al tema central, los que además servirían de base para los ejercicios grupales considerados en cada módulo.

En su conjunto, los módulos perseguían, en primer lugar, que las mujeres tomaran conciencia de sí mismas como sujetos de derechos. Esto, desde una visión no solamente jurídica sino más integral, incorporando elementos históricos, sociales y culturales, además de cifras y datos ilustrativos. Se trataba, en otros términos, que los conceptos de ciudadanía y género dejaran de ser abstractos y adquirieran sentido para las mujeres.

Queríamos, igualmente, democratizar la información existente sobre las Cumbres, Convenciones y la legislación internacional referida a las mujeres, de modo que sus contenidos se transformaran en instrumentos de presión y su apropiación formara parte del proceso de empoderamiento de las mujeres. Este objetivo nos parecía crucial, porque queríamos terminar con la ajenidad de las mujeres respecto a la Declaración Universal de los Derechos Humanos, el Plan de Acción Mundial, la CEDAW o la Convención de Belem do Pará, por ejemplo. Pretendíamos, en otras palabras, que esos instrumentos les hablaran y los sintieran propios.

El tercer objetivo apuntaba al fortalecimiento político y organizacional de las mujeres. Así, la idea era que las mujeres, al término del proceso de capacitación, pudieran aplicar las herramientas básicas para el diseño y puesta en práctica de estrategias de control ciudadano, y a la vez retransmitir a otras mujeres sus experiencias y descubrimientos.

Además de potenciar el cómo mirar, el qué hacer, cuándo y con quién, se trataba también de fomentar en los grupos la horizontalidad en la toma de decisiones, el reconocimiento de capacidades y la apertura hacia otros referentes con los cuales establecer alianzas.

“Pienso que la autorreferencia ha sido uno de los mayores defectos que hemos tenido las organizaciones de mujeres. Siempre mirándonos a nosotras mismas. Como si solas lo pudiéramos hacer todo. Y sabemos que no es así, pero igual no dábamos el paso. Nos quedaba claro que teníamos que abrirnos, pero supongo que no sabíamos cómo hacerlo, y que teníamos miedo. En eso topamos siempre...” (Alicia, dirigente)

“Las directivas tienden a hacer todo ellas, pero a la vez se quejan de muchas responsabilidades, de la falta de tiempo. Los talleres eran una buena oportunidad para que se conversara sobre esto y desarmar un poco esa tendencia. Ahí se podía apreciar, en la práctica, las ventajas de la horizontalidad y de la democracia interna.” (Patricia, facilitadora)

Puesta en marcha y validación



Desde hace más de una década SOL ha estado impulsando a las organizaciones de mujeres para que alcancen mayores grados de autonomía y capacidad de incidencia.

La oportunidad de poner a prueba los módulos, se nos presentó con SOL, una ONG de la cual habíamos formado parte en los años más oscuros del régimen militar, que además de su larga trayectoria de trabajo con grupos de base, había optado por centrar sus esfuerzos en programas orientados al empoderamiento de las mujeres. Al momento de la experiencia, parte importante de los grupos y organizaciones de la red habían sido o eran contrapartes de SOL.

Aunque existían otras alternativas, la asociación con SOL resultaba particularmente ventajosa por cuanto los grupos y organizaciones integrantes de REMOS ya conocían a sus equipos, de modo que no se hacía necesario invertir tiempo y recursos en generar credibilidad y confianza. SOL, por otra parte, tenía entrenamiento y experiencia en materia de género, especialización bastante poco frecuente entre quienes trabajaban directamente con sectores de base.

“Nuestro interés primordial estaba en reforzar a los grupos en su autonomía y capacidad de incidencia: la mayor parte estaba bastante afectada por la falta de recursos y la indiferencia del Estado. Por eso mismo la conjunción entre la Plataforma Mundial de Acción y el control ciudadano nos parecía una combinación perfecta.” (Ana María, coordinadora de SOL)

La única dificultad que se presentaba – de orden presupuestario – finalmente se pudo obviar al postular (con éxito), al Fondo de la Sociedad Civil, recursos estatales administrados por el Ministerio de la Mujer. Allanado el camino, de común acuerdo intercalamos los tres módulos dentro de la agenda de capacitación de la red, y dimos el vamos al proceso.

Validamos la propuesta a través de seis talleres de dos días cada uno, en los cuales participaron alrededor de 30 mujeres de distintos grupos miembros de la red. Con el fin de romper la tendencia a concentrar los saberes en unas pocas mujeres – y con frecuencia las mismas – se propuso a los grupos que establecieran mecanismos para definir quienes participarían en los talleres, de modo de ampliar las oportunidades de capacitación hacia círculos más amplios de mujeres.

Partiendo del convencimiento de que las mujeres saben y tienen experiencia, habíamos resuelto que la intervención de las facilitadoras debía cumplir con dos requisitos básicos: reducir sus intervenciones al mínimo indispensable y estar atentas para asociar constantemente los contenidos, las actividades y los ejercicios grupales con la vida cotidiana, el entorno y la experiencia colectiva – actual e histórica – de las mujeres. Dentro de esta lógica, los trabajos grupales jugaban un papel fundamental como oportunidad de compartir, descubrir, reflexionar y proponer colectivamente acciones para el cambio.

“Nunca pensé que me iba a poner a hablar así, tan tranquila, como si las conociera a todas. Pero los temas eran de cosas que nos pasaban a nosotras mismas, sólo que ahora hablándolos unas con otras se te despejaban las ideas y te dabas cuenta de un montón de cosas que antes pasabas por alto, pero eran importantes.” (Carmen, 38 años, 2 hijas, soltera)



Los trabajos grupales permitían a las mujeres conocerse y compartir experiencias.

Para reafirmar los conceptos, se instaba a las mujeres a establecer su propio glosario durante el transcurso del taller, el cual se discutía y afinaba al término de cada sesión. De este modo se daba la oportunidad a las participantes de contar con un material concordante con la realidad local y sus propios ritmos, necesidades y conocimientos.

Dentro de la misma lógica, el tratamiento y reflexión en torno a los conceptos de derecho, ciudadanía y empoderamiento desde una perspectiva histórica, haciendo constante referencia a los esfuerzos colectivos de las mujeres por lograr conseguir ser reconocidas como sujetos, establecía el puente necesario para familiarizar los grupos con los distintos instrumentos internacionales relacionados con los derechos humanos de las mujeres.

“Yo creía que esto de la violencia contra las mujeres era cuestión personal, de cada una; que una se las tenía que arreglar sola, como pudiera, con el problema. Nadie sabe de la Convención esta que hemos visto. Que hay leyes internacionales que se ocupan de esto. Habría que hacer campaña con cosas como estas, darlas a conocer a las mujeres. Que se sepan defender. Sólo con saber que existen, ya cambia la cosa...” (Norma, soltera, 37 años)

Durante los talleres de validación, constatamos que el traspaso de información paulatinamente se transformaba en conciencia de derechos, que las mujeres explicitaban con ejemplos y vivencias al interior de cada grupo de trabajo.

La necesidad de analizar las experiencias de socialización, de desigualdades sociales, de cómo los factores de género fueron moldeando la historia personal, generó una dinámica de complicidad y pertenencia al interior de los grupos, que se constituyeron en un espacio de cuestionamiento y búsqueda de otras significaciones.

“Esto del género a mi no me decía gran cosa. Yo pensaba que era una moda como tantas otras y que era otra manera de hablar de lo mismo. Pero es mucho más que eso. ¡Increíble pensar en la importancia del rosado y del celeste, que no son nada de inocentes!” (Cecilia, 28 años, una hija)

“Si no entiendes de dónde viene la discriminación, por qué a una le pagan menos, que no puedas decidir sobre tu cuerpo... Entonces tampoco puedes cortar con eso. Y así es como uno lo sigue repitiendo... ¡Es tremendo!” (Lila, 41 años, 2 hijos)

El conocimiento de los mecanismos para el ejercicio del control ciudadano permitía a las mujeres tener un acercamiento concreto a los procesos de cambio. Poco a poco, los conceptos de liderazgo, grupos de interés, interlocución, negociación, plan de seguimiento, acercaban a las mujeres a la realidad local y a la necesidad de abordar los compromisos adquiridos por las autoridades de una manera sistemática.

“Hicimos una lista y las cosas fueron saliendo: los planes de vivienda para mujeres solas, las guarderías, lo del empleo y los cupos de trabajo; los créditos para instalarnos; los programas de salud, de capacitación para las más jóvenes... Tanta promesa sin cumplir y nosotras tan tranquilas... Había que ver, nomás...” (Teresa, 48 años, 4 hijos)

Tal como habíamos previsto, a las mujeres les costaba bastante optar por sus propios intereses, en lugar de los de los otros. Desde este punto de vista, la referencia constante a Beijing y la Plataforma de Acción Mundial, a las discusiones y al debate que la IV Conferencia generó a nivel mundial, otorgaban una base creciente de legitimidad a las mujeres para centrarse en sus propios intereses y prioridades.

“Nos costaba dejar de lado esto o lo otro, sin sentirnos culpables. Pero en la medida que nos fuimos enterando de que en todas partes del mundo los intereses de las mujeres eran legítimos, que estaban siendo asumidos y reconocidos internacionalmente, eso

nos cambió bastante la película. Fue todo un giro. Como que no teníamos ya que pedir disculpas. Al contrario...” (Rita, 28 años)

La recuperación y análisis de experiencias de movilización y presión ante las autoridades locales cobraban especial importancia en los ejercicios grupales. En éstos las mujeres examinaban distintos aspectos de las acciones que habían llevado a cabo: cómo se habían organizado, los elementos que habían jugado a su favor, los resultados que habían logrado; los recursos conseguidos, las alianzas que solían establecer, la distribución del trabajo. Así, la revisión de las prácticas de participación reforzaba en las mujeres la importancia de planificar con antelación las acciones ciudadanas.

“Siempre unas pocas hacíamos de todo, y nos pasábamos improvisando a medida que las cosas se iban dando. Algunas nos resultaban y otras no, porque las hacíamos a pulso, inventando, a como fuera saliendo. Un desgaste tremendo y los resultados más o menos, nomás...” (Berta, dirigente, 45 años)

Acciones y confirmaciones

Con los aportes de los grupos y nuestras propias observaciones, al término de la validación afinamos la propuesta y la lanzamos al mundo. En los meses que siguieron se replicó la experiencia en 11 localidades, y de manera informal nos fuimos enterando de cómo los grupos adquirían cada vez más seguridad y confianza en la efectividad de sus acciones ciudadanas, puntuales en un comienzo, y luego cada vez más complejas.

“Cuando supimos que se llevarían a otro pueblo el Centro de Atención para la Violencia Intrafamiliar, decidimos atajar esa medida. El compromiso había sido otro y lo íbamos a cobrar. Nos fuimos frente al SERNAM (Ministerio de la Mujer) un montón de mujeres con pancartas, con medios de comunicación, con el documento oficial de mantener el Centro en la ciudad, y de ahí no nos movimos. ¡Fue impactante ver los resultados!” (Leonarda, coordinadora Casa Yela, Talca)

“Llegó la televisión regional, y nosotros ahí. Reunión que nos citaban allí estábamos, pero nosotros firme. No había negociación. Y bueno, tuvieron que ceder y el Centro sigue acá. Eso es control ciudadano: hacer cumplir los compromisos, ¿no? Y es lo que hicimos.” (María, integrante del grupo)



Como resultado del proceso, muchos grupos emprendieron sus propias acciones de Control Ciudadano en sus localidades.

La Casa de la Mujer Yela nació en Talca, ciudad capital de provincia de alrededor de 200.000 habitantes, ubicada a unos 300 kilómetros al sur de Santiago. La iniciativa surgió de un grupo de mujeres motivadas especialmente por trabajar con personas víctimas de la violencia familiar.

“De a poco nos fuimos preparando. Tuvimos capacitaciones, leíamos lo que teníamos a mano, asistíamos a seminarios, a talleres, nos contactamos con redes. Hubo mucha gente que creyó en lo que hacíamos y nos ayudó a formarnos. SOL fue clave en todo esto, porque estuvo desde el principio y además de las capacitaciones nos ayudó a instalarnos. Y así fuimos armando un equipo y unas con otras nos hemos capacitado en distintas cosas.” (Guacolda, miembro de la directiva)

Una actividad que partió tímidamente, poco a poco fue adquiriendo notoriedad saliendo de los límites de la vecindad. Comenzaron a extender sus actividades hacia otros sectores poblacionales y también al campo. Después de una primera atención tranquilizadora, muchas veces derivaban los casos a especialistas – psicólogos, médicos, abogados – dispuestos a colaborar con los propósitos de la Casa.

“Cuando el lugar se nos hizo estrecho, decidimos practicar el control ciudadano: un diputado nos había ofrecido apoyo financiero

para disponer de un local más amplio y poder extender nuestro trabajo. ¡Recuperamos el texto del discurso que había hecho y con él en la mano lo perseguimos hasta que le cobramos la palabra!” (Benedicta, miembro de la directiva)

Las mujeres se entusiasman y relatan otros logros conseguidos a través de acciones ciudadanas que les han ganado un lugar y el reconocimiento en la comunidad: denuncia en tribunales de casos de violencia contra mujeres; la interpelación a las autoridades sanitarias hasta lograr un día fijo para atención ginecológica gratuita a mujeres pobladoras.

En conocimiento de la Ley de Violencia intrafamiliar aprobada en agosto de 1994, y de la ratificación de la Convención de Belem do Pará para prevenir, sancionar y erradicar la violencia en contra de la mujer, establecieron una alianza con otras dos organizaciones de mujeres para poner en marcha acciones de prevención y educación ciudadana.

“Teníamos el compromiso de las autoridades así es que lo hicimos valer para realizar la campaña. La llamamos la campaña del silbato, y tapizamos la ciudad con volantes y lienzos que decían: ‘Si sufre maltrato use silbato’. Repartimos más de 5000 en toda la zona, y la cosa está funcionando. ¡Era impresionante! Por el solo hecho de tener un silbato ya las mujeres se sentían mucho más seguras. Claro, había otras que temían un poco, que les costaba recibirlos, pero igual lo hacían.” (Leonarda, coordinadora)

Aprendizajes

Mientras organizábamos la maraña de registros, papelógrafos, materiales, y ejercicios de los grupos de trabajo tras finalizado el proceso, volvimos a revisar las observaciones y resultados de las evaluaciones. De allí emergieron varios aspectos de la experiencia interesantes de tomar en cuenta:

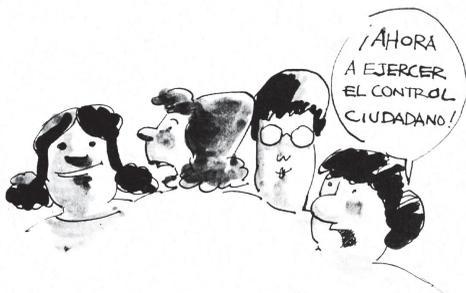
- Primeramente, que la propuesta *respondía a necesidades de los grupos*, no significando para ellos ninguna imposición en términos de ritmo ni contenidos.
- Del mismo modo, aparecía como destacable la *complementariedad de los contenidos de la propuesta* con los intereses específicos de los grupos, no obstante la variedad de trayectoria y de contextos.

- Otra dimensión valorada era el hecho de que los talleres se habían *impartido en un momento oportuno*, lo cual se había conseguido con la inclusión de la propuesta dentro de un programa establecido y aceptado de antemano por las organizaciones parte.
- El *abordaje interdisciplinario* de los temas nos había facilitado a su vez responder con una variedad de ejemplos a las inquietudes y especificidades de los grupos de mujeres.
- La referencia constante a *información de contexto*, el uso de datos y cifras nacionales y locales, de imágenes históricas, habían facilitado la aproximación de las mujeres a los temas tratados.
- *El conocimiento a fondo*, por parte del equipo facilitador, de los temas relacionados con ciudadanía y género, y la experiencia de trabajo con mujeres, por un lado, y de organizaciones de base, por otra, habían demostrado ser claves a la hora de seleccionar materiales, ejercicios y dinámicas grupales, y en el transcurso del taller para responder a las inquietudes de las participantes.
- *El reconocimiento de la experiencia de las participantes* constituyó de igual manera un factor importante que facilitaba el diálogo y la intervención en los trabajos grupales y los debates de las sesiones plenarias.



Muchos grupos ya cuentan con sus propias capacitadoras y han extendido su trabajo de manera autónoma.

A modo de síntesis



CONTROL CIUDADANO HACIA LA POTENCIACION DE LAS ORGANIZACIONES DE MUJERES

Sol, Solidaridad y Organización Local
Santiago de Chile
1998

Control Ciudadano. Hacia la potenciación de las organizaciones de mujeres, explica de manera sencilla los pasos a seguir para la realización de acciones ciudadanas a nivel local.

Mirando retrospectivamente el camino recorrido, podríamos decir que a partir de los aportes de Social Watch Punto de Partida Nº 0, y de Social Watch Nº 1, iniciamos una serie de experiencias de capacitación teniendo como eje central la Plataforma de Acción Mundial y el control ciudadano como mecanismo para la ampliación de la ciudadanía de las mujeres y para su potenciación como interlocutoras válidas ante autoridades y demás actores sociales.

Recogiendo los resultados del proceso de validación de la propuesta que elaboramos, en 1998 preparamos dos cartillas destinadas a facilitar el ejercicio del control ciudadano a nivel local: “*Control ciudadano, hacia la potenciación de las organizaciones de mujeres*”, destinado a grupos de mujeres de sectores populares urbanos, y “*El ejercicio del control ciudadano, hacia una ciudadanía activa de las mujeres*” orientado a organizaciones de mujeres rurales, campesinas e indígenas.

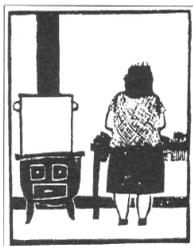
Entre abril de 1998 y enero de 2000, conjuntamente con SOL, efectuamos ocho capacitaciones en distintas localidades del país, donde participaron un total de



EL EJERCICIO DEL CONTROL CIUDADANO
HACIA UNA CIUDADANIA ACTIVA DE LAS MUJERES



CARTILLA Nº 4
Ana María Arteaga



CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL DESARROLLO DE LA MUJER
Santiago de Chile, 1998

El ejercicio del Control Ciudadano. Hacia una ciudadanía activa de las mujeres, se elaboró como material de apoyo para una red de organizaciones campesinas e indígenas.

476 mujeres de 184 organizaciones. Paralelamente, se estaba llevando a cabo una experiencia similar con otra red de alcance nacional, la Asociación Nacional de Mujeres Rurales e Indígenas (ANAMURI).

Nos habría gustado hacer un seguimiento a los programas de capacitación y a las acciones ciudadanas que llevaron a cabo y siguen realizando las mujeres en sus propias localidades. Por distintas razones y circunstancias, eso es una tarea pendiente.

Documentación utilizada en la experiencia

Documentos internacionales:

Acuerdos, Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social, Copenhague, 1995.

Acuerdos, Conferencia Internacional sobre Población y Desarrollo, El Cairo, 1995.

IV Conferencia Mundial sobre la Mujer, Declaración y Plataforma de Acción Mundial.

Conferencia Mundial de Derechos Humanos, Viena, 1993, en lo que respecta a igualdad de condiciones y los derechos Humanos de la Mujer.

Convención de Belem do Pará, 1994, para Prevenir, Sancionar y Erradicar la Violencia contra la Mujer.

Convención sobre la Eliminación de todas las Formas de Discriminación contra la Mujer, Naciones Unidas.

Declaración Universal de Derechos Humanos. Naciones Unidas.

Documentos nacionales:

Catastro de Fondos y Programas Gubernamentales Concursables para Organizaciones Sociales, Fundación Andes, 1995.

Constitución de la República de Chile.

“Convenios y beneficios del Estado para mujeres campesinas, indígenas y asalariadas agrícolas”, Cartilla de Difusión N° 3, CEDEM, 1997.

Ley N° 19.325 de Violencia Intrafamiliar, Santiago de Chile, 1 27 de agosto de 1994.

Mujeres y hombres de Chile. Cifras y realidades 1995, Instituto Nacional de Estadísticas, Santiago de Chile, 1995.

Plan Nacional de Igualdad de Oportunidades 1994-1999, Servicio Nacional de la Mujer, Santiago, 1994.

Propuestas de Políticas de Igualdad de Oportunidades para las mujeres Rurales, SERNAM, 1995.

Sobre la autora

Ana María Arteaga. Socióloga de la Universidad de Ginebra, Suiza. Periodista egresada de la Universidad de Chile. Docente, capacitadora y consultora en programas de género, pobreza y desarrollo. Actualmente es profesora del Postítulo de Género y Sociedad, de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano, es Consultora senior de GFA ChileConsultores y responsable del Área de Capacitación de ACTIVA Consultores Ltda. Entre sus trabajos se incluyen: *Mujer y género en proyectos de intervención y desarrollo local*, Ediciones CEDEM, 1998; *Mujeres pobres en trabajos precarios*, Instituto de Economía de la Universidad de Chile, Fundación Nacional para la Superación de la Pobreza, 1999; *La perspectiva de género en las demandas de las trabajadoras de la agroindustria, de la pesca y manufactura*, CEDEM/Instituto de la Mujer/SERNAM, Santiago de Chile, 1998.

CONTROL CIUDADANO DESDE LA BASE

Una experiencia de democratización de instrumentos internacionales de derechos humanos

Ana María Arteaga

A partir de los aportes de Social Watch Punto de Partida N° 0, y de Social Watch N° 1, un equipo de profesionales pone en marcha en Chile una experiencia de democratización hacia organizaciones de base de la Plataforma de Acción Mundial emanada de la IV Conferencia Mundial sobre la Mujer y de otros instrumentos internacionales relacionados con la pobreza y la equidad de género.